La América española en la obra de Menéndez Pelayo

CONFERENCIA LEÍDA EN EL SALÓN DE ACTOS DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA EN LA SERIE ORGANIZADA POR EL COLEGIO DE DOCTORES DE MADRID, EL DÍA 11 DE MAYO DE 1297, POR EL SEÑOR

DON BENJAMÍN FERNÁNDEZ MEDINA

SEÑORAS Y SEÑORES:

Asistía yo a las conferencias que con noble inspiración, autorizado concurso y selecto auditorio, han venido celebrando la gloriosa memoria y la obra fecunda y ejemplar de Menéndez y Pelayo. Asistía con deleite y devoción, aplaudía con sincero entusiasmo a los ilustres conferenciantes, como la iniciativa feliz del Colegio de Doctores.

En ningún momento pensé que debía tener en ellas otra participación que la del oyente, cuando hace pocos días se me invitó a tratar un aspecto que se había reservado a un americano: *La América española en la obra de Menéndez y Pelayo.*

Acepté este encargo como un deber para con el Maestro y con España, contándome como uno de los discípulos de aquél, aunque no lo conocí personalmente y solo recibí sus lecciones por medio de sus libros.

En los *Hechos de los Apóstoles* se lee que en los comienzos fué a Efeso un hombre de Alejandría llamado Apolo, instruído en la vida del Señor, que anunciaba y enseñaba con exactitud lo que concierne a Jesús, aunque no conocía más que el bautismo de Juan... Lo oyeron los compañeros de San Pablo, lo tomaron con ellos, le expusieron más exactamente el camino de Dios y lo animaron a seguir la obra evangélica.

En cierto sentido, yo soy, señores, como aquel discípulo. He venido predicando la fe hispana, el mérito y la grandeza de las tradiciones de nuestra raza, siguiendo el camino que trazara el Maestro Menéndez y Pelayo.

Roxlo, el historiador de la literatura uruguaya, dice en ésta que mi obra sobre los comienzos y la edad romántica de nuestras letras,

le recuerda por el estilo y el criterio, el modo de expresarse y de criticar de Menéndez y Pelayo. Me atrevo a citar esta opinión, como un título que puede justificarme ante vosotros, que generosamente me habéis ya reconocido como un discípulo venido de lejos y que aceptó y repite las lecciones del Maestro, aunque no las recibiera de él mismo.

* * *

Hablaré ahora del tema que se me ha indicado. He de recordar y examinar en primer término la parte de su obra dedicada a América; en seguida señalaré la repercusión de esa obra en la crítica americana; finalmente, dedicaré los comentarios que me parece requiere, a algo que es más fundamental, a la influencia de Menéndez y Pelayo en la cultura literaria, y más todavía en la rehabilitación de España ante el concepto de los intelectuales de América, en la unión espiritual entre españoles y americanos, en el concepto cada vez más firme sobre la colaboración de todos para defender la lengua y las tradiciones comunes, bases indispensables y firmes de la cultura y del engrandecimiento de nuestros pueblos.

América en la obra de Menéndez y Pelayo.

Desde 1875, el Maestro, en carta a su amigo Laverde, refiriéndose al tomo LXVII de la Biblioteca de Autores Españoles, dedicado a los poetas del siglo XVIII, dice que no sabe por qué el compilador de ese volumen ha olvidado absolutamente a los poetas americanos.

En 1881 escribe también a Laverde que «Cada día se va haciendo más necesaria una colección selecta y bien ordenada de poetas americanos».

Antes de 1890, cuando trazó el plan de la Antología de líricos castellanos, dice Bonilla que el Maestro había pensado dedicar dos volúmenes a los poetas americanos; pero que luego el plan sufrió una transformación radical.

En la obra *Horacio en España* (1877-1885), tuvo en cuenta a los traductores americanos; en los estudios de 1879 sobre Virgilio, no los olvidó tampoco. Además publicó en la Biblioteca Clásica la versión de la *Eneida* del colombiano Miguel Antonio Caro y la de los Poetas Bucólicos Griegos del obispo mexicano Montes de Oca y Obregón.

Se nota cómo desde los comienzos de sus estudios y trabajos, la

parte de América estaba en la mente de Menéndez y Pelayo; que él no separaba a los escritores americanos de los españoles, y se esforzaba en conocer la producción literaria americana, acudiendo a amigos y colaboradores de diferentes paises, como Collado y Montes de Oca de México, Caro y Restrepo de Colombia, los representantes, a la vez diplomáticos y literarios de América en España y otros de que más adelante he de de hablar al referirme a la Antología de Poetas hispanoamericanos.

Esta obra, cuyos prólogos constituyeron más tarde la historia de la poesía hispanoamericana, es la más importante que Menéndez y Pelayo dedicó a las literaturas que él consideraba parte de la española. Reiteradamente dice Bonilla que el Maestro la consideraba obra predilecta suya.

La Antología se publicó por acuerdo de la Real Academia Española, para conmemorar el centenario del descubrimiento de América, en 1892. Fué aquella ocasión dignamente honrada por todas las corporaciones científicas y culturales de España, y al mismo tiempo dió motivo a que en ella y fuera de ella se hicieran estudios y publicaciones referentes al descubrimiento, a la conquista y civilización de América, en forma que ha permitido conocer la obra de España como nunca lo fuera o como en gran parte se había olvidado o desnaturalizado.

La Real Academia de la Historia publicó una admirable Bibliografía Colombina, las otras Academias y sociedades contribuyeron con libros o actos de no menor importancia; el Ateneo de Madrid dedicó a la conmemoración un ciclo de conferencias de los más notables cultivadores de las letras y las ciencias; se celebraron congresos como el literario, el jurídico, el pedagógico y alguno más en los que participaron españoles, americanos y portugueses, y sus trabajos se leen hoy todavía con admiración porque el valor de ellas no fué solo ocasional.

Aun sería interesante escribir una crónica o historia de aquel momento feliz, para recordar no solamente aquellas reuniones y trabajos a que he aludido, sino también la participación que sabios, artistas y escritores, tomaron en la conmemoración del más grande acontecimiento de los tiempos modernos.

Las representaciones americanas, eran a la vez diplomáticas y literarias: el General Riva Palacio, Ministro de México; Juan Zorrilla de San Martín, Ministro del Uruguay; Peralta, Ministro de Costa Rica;

Flórez, Ministro del Ecuador; Cane, Ministro de la Argentina; Gabrois de Colombia; Rubén Darío de Nicaragua; Ricardo Palma del Perú, Restrepo, Soledad Acosta de Samper, de Colombia; el griego Bikelas, el portugues Ramalho Ortigao, Fastenrath y otros, coincidían en Madrid, y en academias o en tertulias literarias se les veía departir con Cánovas del Castillo, Castelar, Valera, Campoamor, Núñez de Arce, Menéndez y Pelayo, Emilia Pardo Bazán, Echegaray y tantos más de aquella generación admirable.

Un anticipo de lo que podría ser la crónica a que aludo se encuentra en libros de Zorrilla de San Martín, de Cane, y de Rubió y Lluch, que intervinieron en aquella extraordinaria ocasión. En todos se leerá como nota singular consignado el asombro que producía en cuantos lo oían o trataban, la erudición, el talento, la clarividencia y la firmeza de convicciones de Menéndez y Pelayo. Era sin duda una lección viva y transcendental de la cultura hispana, ejemplo para todos los que dotados de la capacidad de colaborar en la obra de la reconstrucción de nuestro pasado y de la regeneración para el porvenir, aceptaban, como dice el texto sagrado, las palabras que enseñan el Camino de la Verdad.

La Antología de poetas hispanoamericanos se publicó entre los años 1893 y 1895. El primer volumen está dedicado a México y a la América central, el segundo a Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, el tercero a Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, el cuarto a Chile, la República Argentina y el Uruguay. Menéndez y Pelayo dice que su Antología, aunque solo recogió piezas líricas, contenía en las introducciones suficientes noticias sobre poetas épicos y dramáticos, para que pudieran estimarse en conjunto como una historia bastante minuciosa de la poesía castellana en América. Excluyó de la colección a los poetas vivos y sobre ellos ningún juicio formuló tampoco en las introducciones.

La limitación fué impuesta por la Academia; aunque se sabe que en otra ocasión, en 1875, cuando Menéndez y Pelayo trazó un plan de ediciones de autores montañeses, al referirse a los poetas líricos del siglo XIX dijo que «solo incluiría a los muertos». En cambio, en el prólogo de la Antología de Líricos Castellanos de la Biblioteca Clásica, que es de 1890, dijo refiriéndose a las Antologías que «cuando se quiera dar razón del desarrollo histórico de la poesía de un pueblo, es claro que no basta presentar una serie de modelos de gusto

y de textos amenos; que toda composición que inicie una forma métrica o un nuevo género lírico, o un nuevo procedimiento de estilo, o revele una nueva influencia, puede y debe ser admitida, no menos que algunas, que sin valer mucho intrínsecamente, han logrado por una u otra circunstancia ser populares y grandemente celebradas en algún tiempo, o se enlazan con notables acontecimientos sociales».

Si este criterio hubiera seguido con la Antología de poetas hispanoamericanos, nos habría dado sin duda una obra admirable, aun como colección de poetas, digna de parangonarse con algunas dedicadas a los poetas de los Estados Unidos, como la de Edmund Clarence Stedman, que va desde 1787 a 1900. Ya en el tiempo en que empezó a trabajar Menéndez y Pelayo en la Antología de la Academia, su amigo entrañable y confidente, Antonio Rubió y Lluch, al par que reconocía la enorme labor que se había impuesto, las dificultades con que luchó al abrirse paso por la intrincada selva virgen de la América poética para sorprender y dejar al descubierto sus innumerables bellezas, observa refiriéndose a la limitación a los escritores ya muertos, que es una determinación sensible, que a su ver se funda más en razones de discreción, para no herir la susceptibilidad de alguien en una obra de fraternidad literaria, que en razones de imparcialidad crítica, por más que el colector haga especial hincapié en las segundas... Agrega que la historia de la lírica en ciertas repúblicas quedará de esta suerte casi por hacer, y señala enseguida con excelente juicio la pléyade de poetas modernos que en realidad constituyen la literatura verdaderamente significativa de los países hispanoamericanos.

También Menéndez y Pelayo, cuando en 1910 publicó el primer volumen de la historia de la poesía hispanoamericana, refiriéndose al límite impuesto en 1892, creyó necesario decir que proseguir más lejos su tarea e internarse en la abundosa producción poética de los últimos años, hubiera sido empeño superior a sus fuerzas e incompatible con otros estudios que absorbían por completo su atención.

Algunas otras observaciones se hicieron a los comentarios que la Antología tiene como introducción. En 1910, después de decir Menéndez y Pelayo que esa obra suya había sido más leída en América que en España, agregó que no siempre fué allá rectamente juzgada; pero que quien la examine con desapasionado criterio reconocerá que fué escrita con celo de la verdad, con amor al arte y sin ningu-

na preocupación contra los pueblos americanos; que acaso es la historia quien suscita a veces desagradables recuerdos; y él no cree que los ilustres varones, de espíritu verdaderamente científico, que no faltan en América, han de mirar con ceño la simpatía razonada y libre de un español que nunca se avergonzó de serlo ni procuró captar con interesadas adulaciones la benevolencia de los extraños.

No en vano el Maestro invocó el espíritu científico de los escritores americanos. Ahora veremos la justicia que se ha hecho y se sigue haciendo a su honrada y transcendental labor.

Cuando se leen hoy antologías, historias literarias y críticas americanas, el nombre de Menéndez y Pelayo y sus opiniones se encuentran a cada paso acompañados de los más grandes elogios. Puede asegurarse que su obra ha dado la norma más segura a cuantos se ocupan de la historia literaria de América. Reveló a los mismos americanos escritores y producciones poco conocidos o descuidados, señaló méritos y bellezas, fijó caracteres, que no serán mejor determinados por otros, porque el Maestro tenía el don supremo, solo dado a los genios, de ver hasta lo más recóndito, de seguir el pensamiento y la transcendencia de las ideas hasta las consecuencias más altas y lejanas, de presentar con sus rasgos distintivos, con su propia vida en el ambiente en que deben estar, las figuras estudiadas o evocadas.

Ciertamente yo debo formular alguna reserva sobre el alcance de mis opiniones. Nunca me decidiría seguro a expresar un juicio sobre toda la obra como si conociera a fondo toda la literatura de la América española y fuera capaz de interpretar el sentimiento de ésta.

Es muy grande y muy diversa nuestra América. Aunque la lengua sea la misma y se conserve más pura que el inglés en los dominios británicos y más acaso que las grandes lenguas modernas dentro de su propia metrópoli, aunque el espíritu y la cultura conserven afinidades y semejanzas, y reciban cada día más intensamente comunicación e influencias recíprocas, sufrirá un gran engaño el que crea que por conocer un pueblo puede juzgar a los otros de la misma raza en el Nuevo Mundo.

No obstante, «Cualquiera puede ser erudito profundo en las cosas de su propia casa», como escribió Menéndez y Pelayo al final de las Advertencias Generales de la Historia de la Poesía Hispanoamericana.

Por eso citaré de preferencia las opiniones que he podido recordar en estos días, de escritores de diferentes países de América o de

grandes conocedores de su literatura, sobre la labor americanista del gran polígrafo español.

El mexicano Icaza, que cultivó la crítica y la erudición literaria, a la vez que fué galano poeta, en los estudios sobre Gutierre de Cetina, Juan de la Cueva y Mateo Alemán, si bien rectifica detalles o completa noticias de la obra de Menéndez y Pelayo, con respeto, pero sin amor, le da el título de insigne polígrafo y reconoce, por ejemplo, que «Sobria y justamente trazó de cuerpo entero la figura moral del novelista filósofo».

Uno de los hombres más cultos de la Guatemala de nuestros días, Adrián Recinos, al publicar en 1924 una nueva edición de las poesías de Batres Montufar, paga el tributo de su nación a Menéndez y Pelayo, que tanta luz derramó sobre la literatura de aquella república centroamericana. Señala la justicia con que el crítico eminente caracterizó la obra de Batres, verdadera gloria poética de su país, y pone al fin, como resumen de sus propias opiniones, palabras de Menéndez y Pelayo.

En Cuba, donde en la época en que apareció la Antología no fué propicia a una acogida simpática, por más que dedicara a la literatura de la Gran Antilla uno de los más amplios y cuidadosos capítulos de la obra, tuvo Menéndez y Pelayo, sin embargo, grandes admiradores entre los cultivadores de las letras de la misma generación de la lucha, y ya los citaré. Entre los jóvenes, el erudito y sagaz crítico Chacón y Calvo, que bien puede contarse como un discípulo de Menéndez y Pelayo, ha señalado en sus «Ensayos Críticos de Literatura Cubana», los aciertos admirables de aquél al juzgar los escritores y las obras de Cuba; ha demostrado que las observaciones que pudieran hacérsele y se le hicieron, sobre algunos detalles de la «Antología», quedaron dignamente atendidos en la «Historia de la poesía hispanoamericana».

Antonio Rubió y Lluch, que si bien es español, conoce a fondo la literatura colombiana y la de otros países americanos, siguió de cerca la labor de Menéndez y Pelayo, por la fraternal amistad que los unía y por la relación con muchos de sus colaboradores. Dedicó a la «Antología» extensos comentarios, en cartas escritas para periódicos de Colombia, en 1893 y 1894, y llegó a la conclusión de que ella contribuiría a vulgarizar y hacer amar las letras americanas, mucho más que los esfuerzos de todos los americanistas, y por esto

solo, aparte de su indisputable valor y de sus preciosos prólogos, que constituyen una verdadera, brillante y erudita historia de lirismo americano, hasta ahora no intentado, merecerá los mayores plácemes.

José Enrique Rodó, mi compatriota, uno de los más grandes escritores y de los más nobles espíritus de nuestra raza y de nuestro tiempo, después de estudiar la *Antología,* de comentar la selección de las poesías uruguayas y algunos juicios sobre los poetas, con respetuosos reparos, dice: «Nos será permitido dirigir un aplauso y una protesta de gratitud, con los que interpretamos seguramente el sentimiento de América, al autor de la *Antología,* que viene a solemnizar y consumar la incorporación de la obra de sus poetas al común acerbo de la lengua española. Los merece también, y no se los escatimamos por nuestra parte, la Academia que ha tomado bajo sus auspicios esta empresa literaria, de positiva significación para el afianzamiento de nuestros pueblos con la metrópoli que puede aspirar todavía a recuperar gran parte del influjo perdido, por errores y pecados comunes, en la dirección de su pensamiento y en la educación de su espíritu».

En resumen, lo americano en los escritos de Menéndez y Pelayo se encuentra en las siguientes obras: *Horacio en España* (1877-1895), *Traductores españoles de la Eneida* (1879), *Traductores de las Églogas y Geórgicas de Virgilio* (1879), el prólogo en la traducción de los *Poetas bucólicos griegos,* del obispo mexicano Montes de Oca y Obregón; el prólogo en las *Poesías de Casimiro del Collado* (1880), en la *Antología de poetas líricos castellanos,* respecto de romances recogidos en América (tomo II del tratado de los romances viejos 1906), en la *Antología de poetas hispanoamericanos* (1893-1885), en la *Historia de la Poesía hispanoamericana* (1910-1913), en el Preámbulo del libro *Hermosura de la naturaleza y sentimiento estético de ella,* de Federico González Suárez, Arzobispo de Quito, en una carta a Rufino José Cuervo, en el libro de Fray Pedro Fabo, titulado *Rufino José Cuervo y la Lengua Castellana,* publicado por la Academia de Colombia.

Esto es lo conocido, porque sin duda ha de haber algo más, sobre todo en correspondencia con escritores de América, que desde la época en que Menéndez y Pelayo preparaba su *Horacio en España* estuvieron en comunicación con él, tales como Caro el ilustre colombiano y todos los que después buscaron consejos y opiniones del maestro llegado a la celebridad.

Paso ahora a considerar:

La influencia de Menéndez y Pelayo en la cultura literaria y en la rehabilitación de España en América.

Uno de los rasgos más interesantes de la obra americanista de Menéndez y Pelayo, es, sin duda, su vasto concepto hispánico, que comprende naturalmente los países de América, desde «las orillas del Bravo a la Tierra del Fuego», y Portugal, según lo señaló oportunamente en esta misma tribuna la ilustre escritora doña Blanca de los Ríos de Lampérez. Como en todas sus grandes obras, Menéndez y Pelayo dió cabida y consideración al pensamiento, la cultura y la influencia de los portugueses (hasta llegó a atribuirles generosamente alguna personalidad de solar indeciso dentro de la Península). También quiso dar al Brasil su lugar en la *Antología* y en la historia de los países hispanoamericanos. Pensaba que la poesía brasileña, quizá la más americana de toda América, sin que por eso deje de ser esencialmente portuguesa, puede ser calificada de española en el sentido más tradicional y etnológico de la frase. Cuando publicó la «Historia de la poesía hispanoamericana» volvió a decir que acaso más adelante se animara a completarla con el tratado de la poesía portuguesa en el Brasil, para que la obra mereciera con toda propiedad el título. Bonilla confirma que cuando falleció el Maestro, tenía reunidos los materiales necesarios sobre la poesía del Brasil.

En las Advertencias Generales de la «Historia de la poesía hispanoamericana», después de afirmar que la española y la inglesa son las dos lenguas que se reparten el número mayor de las gentes civilizadas, las de los dos pueblos colonizadores que nos presenta la historia del mundo moderno; representante el uno de la civilización de la Europa septentrional, del espíritu germánico más o menos modificado, del individualismo protestante; el otro del genio de la Europa meridional, del organismo latino y católico: pueblo que en los días de su grandeza parece que sentia resonar en sus oídos, más enérgicamente que ninguno de sus hermanos de raza, el *Tu regere imperio populos, Romane, memento*... América es inglesa o española, agrega: en el extremo Oriente y en los archipiélagos de Oceanía también coexisten, aunque en muy diversa proporción, entrambas lenguas. La literatura británica enriquece su caudal propio, no solo con el caudad de la literatura norteamericana, sino con el de la que

ya empieza a cobrar bríos en Australia. Nosotros también debemos considerar como timbre de grandeza propia y como algo cuyos esplendores reflejan sobre nuestra propia casa... la consideración de los millares de hombres que en uno y otro hemisferio hablan nuestra lengua y cuya literatura y cuya historia no podemos menos de considerar como parte de la nuestra.

Permítaseme detenerme un instante para apreciar el concepto de Menéndez y Pelayo sobre la expresión hispanoamericana. Nunca más oportuno el comentario que en los días presentes en que la confusión reaparece por todos lados. Menéndez y Pelayo usó siempre la expresión *hispanoamericano* para todo lo de América, lo de nuestra Amérca. En 1881, en la ocasión del centenario de Calderón, afirmó en un magnífico brindis que nuestra raza es raza *española* y no *ibérica*, porque estos vocablos de iberismo y de unidad ibérica tienen un mal sabor. Sus amigos y discípulos de América participan de éstas opiniones y francamente las sostienen. Recuerdo que el ilustre crítico argentino Oyuela, refiriéndose a otro escritor, igualmente ilustre y admirador de Menéndez y Pelayo, el chileno Juan Agustín Barriga, escribió: «Barriga no reniega de la raza a que pertenece, no la desdeña, no la llama falsa e hipócritamente *latina*, sino *española* como Dios manda».

Rodó, aunque llegó a admitir condicionalmente la expresión de iberoamericano, prefiere y defiende la de hispanoamericano. «No necesitamos los suramericanos, dice, cuando se trata de abonar esta unidad de raza, hablar de una América latina; no necesitamos llamarnos latino-americano para levantarnos a un nombre general que nos confunda a todos, podemos llamarnos iberoamericanos nietos de la heroica y civilizadora raza que solo políticamente se ha fragmentado en dos naciones europeas; y aún podríamos ir más allá y decir que el mismo nombre de hispanoamericano conviene tambien a los nativos del Brasil; y yo lo confirmo con la autoridad de Almeida Garret»...

América española se llamó durante siglos toda aquella parte del Nuevo Mundo que no estaba habitada por gente de lengua inglesa. Después se perdió una gran parte de ese dominio de nuestra raza en el Norte; pero el nombre hispánico siguió aplicándose a todos los países, aun después de la independencia.

Cuando estudiamos el pasado, leyendo las historias o las crónicas maravillosas de los viajes de los descubridores, o los relatos de

los geógrafos y naturalistas, vemos cómo la nomenclatura geográfica de América ha ido cambiando. Nueva España, Castilla del Oro, Nueva Galicia, Reino Nuevo de Granada... ¿Qué queda de aquellos nombres dados a los territorios del Nuevo Mundo?... Apenas en ciudades y en pueblos sobreviven las denominaciones que les dieron los fundadores, recordando los de su propio nacimiento. En muchos casos, los nombres de ríos, de lugares, hasta de grandes territorios, desfigurados por la adaptación a lenguas extrañas, conservan, sin embargo, la forma esencial y sonora, y parecen protestar de los cambios de soberanía, que no han podido llegar a suprimir totalmente la expresión que revela su origen.

Aquellos cambios acompañaron las grandes transformaciones políticas. En los que ahora se quiere introducir no podemos ni tenemos por qué recelar que encubran propósitos semejantes a los del pasado; pero debemos ser tan cuidadosos como de nuestros nombres de familia de los que indican nuestra prosapia racial. Si celosamente rechazamos todo apodo o sobrenombre individual, ¿por qué hemos de consentir que en el conjunto se nos den denominaciones extrañas, ya que no es concecible que dignamente las adoptemos nosotros mismos?

Para todo el mundo hispanoamericano, como para toda la raza, Menéndez y Pelayo dió las lecciones inolvidables sobre la Ciencia Española, sobre las Ideas Estéticas, sobre Letras eruditas o populares, sobre filosofía y aun sobre doctrinas jurídicas, que son honra y gloria del patrimonio común.

Ya he dicho cómo en todas las antologías, historias y críticas literarias se refleja la autoridad, las opiniones de Menéndez y Pelayo respecto de la literatura americana. Aún más grande, más intensa, me parece la influencia del Maestro en el pensamiento y en la obra literaria de la América española, influencia que ha venido a ser al mismo tiempo el mayor factor en la rehabilitación de la tradición de la Cultura de España en todo el Continente y ha dado direcciones para el estudio y para la acción verdaderamente independiente y característica de la propia cultura.

Sus libros fueron y son leídos por todos los estudiosos. Los programas de enseñanza literaria, como los textos, tienen su nombre y sus doctrinas como un constante *leit-motif*.

De otras demostraciones y reconocimientos, podrían llenarse vo-

lúmenes. Bonilla recogió numerosas referencias en la bibliografía incluída en el admirable estudio del gran polígrafo su maestro, estudio que tanto me ha servido al preparar esta conferencia. En los homenajes tributados en Universidades, Academias o publicaciones de América, se encuentran muchos de los nombres más notables en las ciencias y en las letras, como en la política: Antonio Gómez Restrepo, en Colombia; Juan Agustín Barriga y Armando Donoso, en Chile; Joaquín V. González y Ricardo Rojas, en la Argentina; el venezolano Pérez Bonalde, los cubanos Emilio Bobadilla y José de Armas, los centroamericanos Durán, Cepeda y otros, el uruguayo Soiza y Reilly...

Lo extraño es no encontrar en el Homenaje que se dedicó en España a Menéndez y Pelayo, en el vigésimo año del profesorado, ni un solo nombre americano...

En cambio podríamos agregar todavía muchos nombres a los que ya van mencionados y a los que trae Bonilla: Zorrilla de San Martín, Segundo, Crispo Acosta, Gallinal, Falcao Espalter y Montero Bustamante, en el Uruguay; Miguel Antonio Caro, en Colombia; Federico González Suárez, en El Ecuador; Calixto Oyuela, en la Argentina... Todos estos nombres son al mismo tiempo que de escritores y pensadores que han seguido inspiraciones de Menéndez y Pelayo en su producción poética, histórica o crítica, los de grandes hispanófilos en el mejor y más amplio sentido de esta palabra. Sin incurrir en contradicción me atrevo a decir que la referencia y la cita podría extenderse a todos los que cultivan las letras españolas en Hispanoamérica y aun en los Estados Unidos.

Cuando Menéndez y Pelayo inició la magna empresa de la reconstitución del pasado español y de la regeneración para el porvenir, según las palabras de Bonilla, los países americanos llegaban a un momento importantísimo de su vida.

Creían haber alcanzado la completa independencia y ser dueños de sí mismos; pero al mismo tiempo sentían la necesidad de fundar en lo pasado su conciencia del presente y sus aspiraciones de lo futuro. Las influencias europeas de más prestigio habían acudido a las escuelas como a todas las esferas de la actividad de aquellas naciones prometedoras; pero éstas no se encontraban en las lecciones y ejemplos extraños, ni el período de su vida postcolonial bastaba para darles el carácter y los antecedentes necesarios. Comprendían ya

que debían ir más lejos y ligar su vida de pueblo civilizado a las tradiciones de la raza creadora de su cultura, porque esta cultura no existía en las gentes que habían sido sus antecesoras territoriales, más o menos salvajes y en las que algunos habían querido forjar fuerzas progenitoras o inspiradoras en los días confusos de la lucha por la independencia. Solamente España podía darles la herencia legítima, y a ella debían volverse: *Tutti torniamo alla gran madre antica,* pudieron decir entonces los hispanoamericanos dando vida a una bella frase italiana que en su origen fué melancólica y de resignación final.

Menéndez y Pelayo, refiriéndose a este momento, regocijándose de la obra de las Academias españolas que iniciaron españoles y americanos de buena voluntad, ligados por el respeto común a la integridad de la lengua patria, y por el culto de unas mismas tradiciones literarias que para todos deben ser familiares y gloriosas, agrega: «Hoy que la fraternidad está reanudada y no lleva camino de romperse, sea cualquiera el destino que la Providencia reserve a cada uno de los miembros separados del común tronco de nuestra raza...»

En tal momento el Maestro concentró y representó como nadie hubiera podido hacerlo mejor, todas las condiciones, todos los medios de revelar y acreditar el pasado de la cultura hispánica, sus caracteres esenciales y el programa de su futuro, para su pueblo y para todos los pueblos hermanos.

Para las ansias de América, para su espíritu juvenil, ávido de ciencia, impulsado por anhelos de arte, ardiendo en virtudes pacíficas, no eran las historias guerreras y de intereses políticos, las que podían satisfacerle. En cambio Menéndez y Pelayo surgía como un gran apóstol de la verdadera gloria y de los destinos inmortales de su raza. Bien dice Bonilla que era el hombre destinado a ejercer la influencia más profunda y extensa, y no en una o varias determinadas esferas de la actividad humana, porque no era solamente un varón de talento extraordinario, talentos que siempre son de singular rareza en cualquier país del mundo, sino también un verdadero genio, y esto es todavía más peregrino en cualquier parte.

La potencia del genio, la autoridad del sabio, el esplendor y la claridad de la forma, la firmeza y el valor de las convicciones, debían ser, más que para la España madre, para todo el mundo hispá-

nico, los títulos y señales del campeón que conduciría a la gran victoria, semejante a aquella de la que dijo el Apóstol: Esta es nuestra victoria, nuestra fe; en este caso: la fe en nosotros mismos, en nuestros destinos inmortales.

Él dijo para todos palabras que nunca deberemos olvidar, que convendría grabar en los muros de las escuelas, en los stadiums, en los talleres, donde se forjan espíritus, se vigorizan y adiestran mentes y cuerpos sanos. Son éstas:

«Donde no se conserva piadosamente la herencia de lo pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida, y caer en una segunda infancia muy próxima a la imbecilidad senil.»

«Ningún pueblo se emancipa sino por su propio esfuerzo intelectual y éste no se concibe sin la plena conciencia de sí mismo, que sólo puede formarse en el estudio recto y severo de la historia.»

«Para enseñorearse del reino de lo pasado, para lograr aquella segunda vista que pocos mortales alcanzan, es preciso que la inteligencia pida al amor sus alas.»

* * *

SEÑORES:

Hemos alcanzado, en España y en América, días luminosos que Menéndez y Pelayo auguró y contribuyó a preparar. Hemos recobrado la fe y la confianza en nosotros mismos y en nuestros destinos. Nos comprendemos recíprocamente, como nunca nos habíamos comprendido. Sabemos de dónde venimos, lo que valemos, lo que podemos hacer y ser. Buscamos con visión serena y con voluntad firme el rumbo que corresponde a nuestra vocación.

Los americanos nos sentimos herederos y participantes de la cultura jurídica, científica y literaria de España, de sus grandiosas tradiciones, de su fe y de sus virtudes.

España nos considera a los hispanoamericanos como colaboradores necesarios y poderosos para la empresa que solidariamente

debemos realizar; defender y acrecentar el patrimonio común de cultura, luchar por la consagración en la vida internacional de ideales que son honor de nuestra raza, esperanza de felicidad para el mundo ávido de paz y justicia, como en los días en que Fray Francisco de Vitoria enseñaba el Derecho fundado en la moral y daba con sus discípulos y cuantos seguían sus doctrinas la gran lección todavía no consumada.

Fué Menéndez y Pelayo, con sus obras y con su ejemplo, uno de los grandes artífices de esta unión espiritual, que nada podrá anular ni debilitar. Sus discípulos de España y América deben continuar su labor, contribuir a consolidar las conquistas alcanzadas, transmitir más viva y ardiente, si cabe, la antorcha luminosa, a los que vengan después.

Os doy las gracias, ilustres miembros de Colegio de Doctores y las doy también a vosotros, los que me habéis oído con probada simpatía, porque me habéis proporcionado uno de los más felices momentos de mi vida al permitirme tributar mi homenaje de americano al gran maestro y apóstol de la fe hispánica, haciendo oir una de aquellas voces que él estimaba: «venida de lejos y no escuchada antes.»